



HAL
open science

Compañero del alma... : de lo real literal a lo real biográfico

Federico Bravo

► **To cite this version:**

Federico Bravo. Compañero del alma... : de lo real literal a lo real biográfico. *Les Langues néo-latines : revue de langues vivantes romanes*, 2010, 355, pp.63–72. hal-02955392

HAL Id: hal-02955392

<https://hal.science/hal-02955392>

Submitted on 1 Oct 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

***compañero del alma... :* de lo real literal a lo real biográfico**

Alors croyant penser aux choses nous ne faisons que raisonner sur les mots, comme l'envoûteur plante des aiguilles dans l'image de sa victime ou le radiesthésiste promène son pendule sur la photo de son patient. Normalement la chose précède le mot, on donne un nom à la chose et le choix de ce nom est *motivé* par la nature de cette dernière [...] Mais dans tous les exemples ici en cause le nom reprend ses droits et c'est lui qui motive le statut sémiologique du signifié : la forme crée le fond, le mot engendre la chose, par un procédé que l'on pourrait appeler « rétromotivation ».

Pierre GUIRAUD, « Étymologie et ethymologia (Motivation et rétromotivation) », *Poétique*, n° 11, p. 408.

Los apuntes que se consignan a continuación no tienen más ambición que la de ilustrar cómo procesa el lenguaje poético lo real para convertirlo en texto, partiendo de una de las elegías más famosas y a la vez más celebradas de la literatura española, la elegía funeral que Miguel Hernández dedica a Ramón Sijé en *El rayo que no cesa*, y tratando de salvar tanto los escollos de un biografismo reductor que no puede sino relegar al texto a su condición testimonial como los excesos de un inmanentismo textual no menos miope.

Los cuarenta y nueve versos que componen la elegía a Ramón Sijé ofrecen una arquitectura rigurosa. Por una parte y atendiendo a la configuración general del discurso, se distinguen sin dificultad dos conjuntos estróficos bien definidos, el primero (globalmente) dominado por el presente (“Yo quiero ser...”, “Quiero escarbar...”, “Quiero minar...”), el segundo marcado por la utilización del futuro (“Volverás...”, “Alegrarás...”). Por otra parte y cotejando el incipit y el explicit del texto, se aprecia la estructura anular de la composición, cuyo cuarteto final puede interpretarse como la reedición poética del terceto inaugural: “...compañero del alma, tan temprano”, “...compañero del alma, compañero”. Al estudio y a la interpretación literal de este vocativo, a la vez salutación y despedida al amigo, pero también frontispicio y egreso del poema, van dedicadas las breves notas que aquí se recogen.

* * *

Las dos primeras palabras del poema “Yo quiero” son altamente reveladoras del quehacer elegíaco y del tipo de estrategia discursiva a que obedecen plantos, endechas y demás cantos fúnebres ya que con ellas, y de inmediato, se hace patente la primera paradoja de este género poético, dirigido a un ser ausente por un enunciador omnipresente que, si bien se mira, es el verdadero objeto del discurso. Y es que una elegía, por regla general, habla menos del destinatario del homenaje que del enunciador que lo tributa. Fruto de la tensión interlocutiva que habita el discurso en su incesante fluctuar entre las dos personas lingüísticas que construyen el pseudo-diálogo elegíaco, la paradoja puede formularse diciendo que pese a ir dedicado a otro es el yo el que, en términos enunciativos, acaba siendo (y aquí, además, empieza siéndolo también) el verdadero protagonista del discurso elegíaco, ejercicio literario que consiste en invocar al otro sin cesar de hablar de sí mismo, ciertamente desde el dolor –no se cuestiona aquí la sinceridad del llanto–, pero anteponiéndolo eso sí a cualquier otro, incluido el del propio ser perdido: desde este punto de vista, la elegía es el noble y

desinteresado arte de explayarse fingiendo contención o si se prefiere el arte de erigirse en centro de un discurso que hace creer que el protagonista es otro. El otro es, por así decirlo, el pretexto; pero también, es lo que trataré de demostrar, el pre-texto poético.

“Yo quiero”, rezan, pues, significativamente, las primeras palabras de la elegía hernandiana¹: apesadumbrado por la ausencia del amigo, pero omnipresente hasta la hipertrofia, el yo poético invade el discurso reduciendo el panegírico (*laudatio*), ingrediente tradicional del género, a su expresión más escueta dentro del poema que pasa sin transición del llanto (*lamentatio*), aquí patético y tremendista, a la consolación (*consolatio*), marcada, como se ha apuntado, por la irrupción del futuro. En cuanto a las condiciones en que se compuso la elegía, no queda más remedio que abordar, por más asepsia interpretativa de que se quiera hacer gala, la controvertida cuestión de la articulación de la escritura con lo real. Si hay un género poético anclado en la realidad es el elegiaco: porque la muerte aun cuando es certera siempre llega por sorpresa, no hay poesía más urgente ni más circunstancial que la que se compone en honor de quien acaba de irse. Y urgencia parece ser la consigna aquí. Si nos atenemos a la cronología de los hechos, llama la atención el apremio con que hubo de proceder el poeta: Ramón Sijé muere el 24 de diciembre de 1935, el poema se compone o, más probablemente, se acaba de componer el 10 de enero de 1936, *El rayo que no cesa* sale publicado el 24 de enero de 1936. Y se mire como se mire y sin perjuicio de incurrir en reprobables juicios de valor, no queda más remedio que reconocer la singularidad del planto dentro del conjunto amoroso donde la elegía al amigo desaparecido no va con el resto del libro por no decir, y perdónese la irreverencia, que no pinta nada. Son, diría, las “cicatrices” de lo real, las huellas de lo contingente dejadas en lo que, por estar libre de toda contingencia, aspira precisamente a ser universal –la poesía–, escorias inevitables de un proceso creador insoslayablemente condicionado por lo real y cuya disparidad no logra disimular la palabra “rayo” de la dedicatoria, por más que pretenda engarzar, como un mal pespunte, la descolgada elegía con el resto de la serie adscribiéndola al título del poemario como para legitimar así su inconexa presencia: “...se me ha muerto *como*² del rayo...”

Sea como fuere, es esa voluntad de entroncar con lo real, de adherirse a él y de darle consistencia poética la que manifiestan con fuerza los primeros versos de la elegía: proclamándose como el hortelano que cuida de la tierra, de las plantas y sus frutos, el poeta da voz y expresión a la realidad corpórea de la desintegración material del cadáver, transfigurado por la naturaleza vivificadora en nueva fuente de vida. Por más que el poema haga alusión al alma del amigo desaparecido (“compañero del alma”), es la imagen física y material de su cuerpo mostrado en plena descomposición la que se impone espectacularmente desde el inicio de la elegía –“estercolas”– con una crudeza digna del mejor tenebrismo valdeslealiano o de la mejor etimología isidoriana³; si hay algún viso de resurrección aquí ésta se sólo incumbe al cuerpo y, como he consignado en otro estudio⁴, al poder salvífico de la naturaleza que todo lo renueva y todo lo transforma: la vida después de la vida es la de la secular transformación de

¹ Cerrazón del yo replegado sobre sí mismo asimismo sugerida por la clausura fónica del incipit del poema “Yo quiero ser llorando” y su simétrica disposición vocálica *yo – er – er – llo*.

² Artificiosa sutura, en verdad, del que la misma escritura parece ser consciente como así lo delata, en lo que podría ser un arranque de sinceramiento con el lector, la atenuación “como”... como para significarle la muy distinta savia poética que corre por estos versos: Sijé se ha muerto *como* del rayo y no *del* rayo, muy otro, que aqueja al poeta.

³ El *cadáver* es “carne dada a las gusanos”, según el genial acrónimo imaginado por el polígrafo sevillano: *CAro DATA VERmibus*.

⁴ « Poétique de la Nature morte : analyse du poème “ Uvas, granadas, dátiles ” (*Cancionero y Romancero de ausencias*) », Federico Bravo & Nuria Rodríguez Lázaro (eds.), *Le discours poétique de Miguel Hernández (1910-1942)*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 2010, p. 167-185.

la materia no por obra del espíritu santo sino, fuera de toda connotación religiosa, por obra de la naturaleza. Ello no es óbice para que la inscripción en un contexto mayormente dedicado al cuerpo de la palabra *alma*, aun empleada como aparece aquí en sentido figurado (“compañero *del alma*” = compañero querido), reactive la vieja dialéctica del cuerpo y el alma. Y a ella hay que referirse también si atendemos a la progresión general del texto que nos propulsa, en un movimiento ascendente, de la tierra y de lo subterráneo (“hortelano”, “tierra”, “caracolas”, “calavera”...) al cielo y a lo etéreo (“higuera”, “altos andamios”, “pajareará”, “colmenera”, “angelicales ceras”...), tensión que condensa magistralmente en el séptimo terceto el juego dialéctico entre los parónimos y antónimos “suelo” y “vuelo”.

La palabra “alma” entra, pues, a formar parte aquí de un complejo fraseológico común, totalmente trivial si atendemos al escaso relieve semántico del sintagma, donde la lexía “del alma” oficia como pura marca de afecto en el sentido de “compañero *mío*”, “compañero *querido*”, “compañero *de mis entretelas*”... Y lo mismo cabe decir del primer segmento del vocativo, *compañero*, aquí mera expresión de complicidad que vale tanto como decir “*amigo del alma*”, “*compinche del alma*”, “*hermano del alma*”... Pues bien: lo que nos interesa aquí, y llegamos al meollo de la cuestión, es el proceso de remotivación a que la escritura somete tan desgastada expresión basándose para ello no en una reinterpretación poética de lo real sino en un acercamiento fiel a la realidad y construyendo aquí una verdad poética sorprendentemente acorde con la verdad biográfica, en un doble trayecto que nos lleva de lo literal a lo vivencial e inversamente. Por decirlo remedando a César Vallejo: alma es la huella del ausente y alma es el alma del poema. Actualizado cuatro veces, el significante “alma” desata una reacción semiótica en cadena en cuyo radio de acción se ubican singularmente los versos inaugurales y los versos finales de la elegía. El incipit opera poéticamente la conversión semiótica del “alma” en “alimento” y del “ali(m)ento” en “aliento”: ALMA – ALIMENTO – ALIENTO, prolongando el recuerdo de lo que sólo los diccionarios etimológicos han sabido conservar, esto es la memoria común de la raíz indoeuropea *AL- ‘nutrirse’ de que proceden las tres palabras (cf. lat. *aleo* ‘alimentarse’). Es lo que también nos recuerda, a su manera, la historia del romance “alma” derivado de *animam* ‘aliento’ y su colisión homonímica con el adjetivo latino *almus*, -a, -um ‘que alimenta, nutricio, feraz’ (cf. *alma mater* ‘madre nutricia’). El que otrora alimentara, pues, con su sabiduría y sus consejos el alma del poeta hoy alimenta con su cuerpo, estercolándola, la tierra que le sirve de morada:

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del **alma**, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracoles
Y órganos mi dolor sin instrumento,
a las **desalentadas** amapolas

daré tu corazón por **alimento**.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el **aliento**.

A su vez, el explicit reinventa la etimología de la palabra “alma” derivándola poéticamente del significante “ala” y metamorfoseándola no menos poéticamente en el significante “almendro”: ALA – ALMA – ALMENDRO, todo ello sugerido, reforzado y amplificado por la triple aliteración “a las aladas almas”, por el anagrama “alma” > “llama” y por la sorprendente proliferación de palabras que empiezan singularmente por la primera letra del

alfabeto, “altos”, “andamios”, “angelicales”, “arrullo”, “alegrarás”, “abejas”, “ajado”, “almendras”, “avariciosa”, “aladas”, “almas”, “almendro”, “hablar”:

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de **almendras** espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas...
del **almendro** de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del **alma**, compañero.

Hasta ahí, podríamos decir, la lectura semiótica del significante “alma”, inducida y avalada por la configuración misma del texto tomado al pie de la letra, en el sentido alfabético de la palabra. Ahora bien, dirigido al amigo Sijé, el afectuoso pero manido epíteto “del alma” cobra tintes especiales pues, y es aquí donde lo real literal intersecta con lo real biográfico, Sijé es el nombre del difunto y Sijé también el equivalente griego del *anima* latina: ψυχή [psijé] ‘alma, soplo, hálito’. Si alma es, como hemos visto en este contexto elegíaco, la conjunción poética del aliento y del alimento, alma es también el nombre de pluma –discreto apodo literario– del amigo desaparecido, Ramón Sijé (1913-1935). El dato es de sobra conocido: el fundador de la revista *El Gallo Crisis* ideó el seudónimo que le daría fama combinando en perfecto anagrama las nueve letras de su nombre, José Marín, para formar, cruzando la estructura consonántica de los dos significantes y sin modificar su esquema acentual, su nuevo nombre de pila (MARÍN > RAMÓN) y su nuevo apellido (JOSÉ > SIJÉ). Anagrama de José Marín, el seudónimo Ramón Sijé obedece a la voluntad por parte de su conceutor de jugar con el sentido literal –y en este caso espiritual también– del nuevo significante onomástico. José Luis Ferris, el más acreditado biógrafo de Miguel Hernández, recuerda así el episodio del hallazgo onomástico de Pepito Marín Gutiérrez “alias” Ramón Sijé:

Es precisamente entonces, en un tiempo marcado política y socialmente por los cambios y por la inminente llegada de la II República, cuando Pepito Marín Gutiérrez decide prescindir de su nombre y tomar otro más enérgico y más ajustado a su espíritu batallador: *Ramón Sijé*. El juego no es otro que el ingenioso cruce de letras de su nombre y su primer apellido, dando pie al nuevo anagrama y al sorprendente hallazgo de una palabra “Sijé”, que remite de inmediato al término griego *alma*, convirtiendo así el seudónimo en elocuente heterónimo⁵.

El vocativo “compañero del alma” amplifica, pues, remotivándola, la firma de Sijé. Y es que, paradójicamente, la biografización del texto aparece aquí como motor de su poetización: semánticamente opaco y desmotivado en tanto que calificativo encomiástico, el sintagma encarecedor “del alma” reactiva su significado literal al enlazar con el significante “Sijé”, que lo retromotiva. Ramón Sijé se inventó, sí, un nombre totalmente ficticio, pero lo hizo a partir de su nombre real atendiendo escrupulosamente a un procedimiento no menos riguroso y codificado, el del anagrama⁶, y es ese feliz descubrimiento onomástico el que parece haber guiado consciente o inconscientemente la pluma del poeta oriolano, quien en otro homenaje dedicado al mismo Sijé proclamará: “Bajo *el sonido de este nombre* se me ha ido un

⁵ José Luis Ferris, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Planeta, 2010, p. 84.

⁶ El principio aplicado es un verdadero algoritmo: con geométrico tiento, se han cruzado las consonantes (JOSÉ = J-S > S-J = SIJÉ y MARÍN = M-R-[n] > R-M-[n] = RAMÓN) y se han “trenzado” las vocales (JOSÉ MARÍN = O-E-A-I > A-O-I-E = RAMÓN SIJÉ).

*compañero del alma*⁷” (donde –obsérvese de paso– “del alma” recobra su función ablativa). Singular relieve cobran, así leídas también, las palabras de Antonio Oliver Belmás iniciando el homenaje que le tributara en *La verdad* el 30 de enero de 1936: “Ramón Sijé era un gran espíritu. Uno de los puros espíritus de la región⁸”, por no citar, por ser mucho más recientes, las de Vicente Ramos cuando certeramente “destaca la sabiduría de Ramón Sijé, cuyas enseñanzas fecundaron el alma de Miguel⁹”, acaso inconscientemente inspirado por la misma etimología soterraña.

No es, pues, exagerado decir que Sijé es el alma del poema, como también lo era del grupo de muchachos que por allá por los años treinta empezó a reunirse al amor de la lumbre en la tahona de Carlos Fenoll para hablar de literatura, grupo de poetas en cuyo seno ejercía ya su magisterio el mismo José Marín Gutiérrez “Ramón Sijé”. A la panadería de Carlos Fenoll acudían asiduamente en alegre tertulia literaria junto con Miguel Hernández y Ramón Sijé, donde trabaron estrecha amistad, Justino Marín, Jesús Poveda, José María Bascuñana y Manuel Molina. Huelga subrayar la importancia que tuvo el conciliábulo literario, conocido con el nombre de “grupo de la tahona”, en la trayectoria intelectual de Miguel Hernández. No entraremos en mayores detalles biográficos y nos limitaremos a remitir aquí al lector interesado por estas cuestiones a la hermosa colección de artículos reunida por Manuel Molina bajo el título *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela*¹⁰ donde el benjamín de grupo recuerda los comienzos de Miguel Hernández y su círculo de amistades oriolanas. Lo que nos interesa aquí, como ya habrá adivinado el lector, es la especial coloración biográfica que adquiere también, en la elegía dedicada a Sijé, el primer segmento del vocativo “compañero del alma” a la luz de la retromotivación que acabamos de apuntar. En este contexto poético, el compañero del alma es más que el simple amigo: es, al pie de la letra, el *com-pañero*, esto es, el amigo con que se *comparte el pan*. Así lo recuerda Carlos Fenoll, amigo dos años más joven que Miguel y, como su padre, panadero aficionado a versos, en una entrevista realizada por José María Moreiro el mismo año de su muerte:

Solíamos reunirnos por las tardes en el alcabor. Nos reuníamos allí porque yo no podía ausentarme [...]. Allí leíamos nuestros versos en voz alta, los discutíamos, contábamos chistes y *tomábamos tortas de pan* y aceite [...] Miguel llegaba en mangas de camisa, con su sonrisa contagiosa, alegre, jovial, dispuesto para todo¹¹.

Lo que compartían los muchachos de la tahona era algo más que el pan de la poesía: era, literalmente, el pan de la amistad¹². El “compañero del alma” es, pues, dos veces alimento por ser pan (“compañero”) y por ser aliento nutricio (“alma”), y lo es por partida triple si añadimos la materia del cuerpo volviendo a la tierra, nutriéndola o, como dice la elegía, estercolándola. Así las cosas y más allá de lo puramente anecdótico o biográfico, si hubiera que encontrarle un referente simbólico a esta doble comunión con el ausente y con la naturaleza no sería impropio buscarlo, obviamente, en la liturgia de la eucaristía como sacrificio incruento, sacramento divino aquí reinterpretado a lo humano. No nos detendremos

⁷ «Un acto en memoria de Ramón Sijé. Unas cuartillas de Miguel Hernández», *El Sol*, 17 de abril de 1936, republicado con el título «Letras evocando a Sijé. En el ambiente de Orihuela» en *La Verdad* de Murcia, 7 de mayo de 1936.

⁸ «Proyección de Ramón Sijé», José Muñoz Garrigós *Vida y obra de Ramón Sijé*, Universidad de Murcia, Caja Rural Central de Orihuela, 1987, p. 360.

⁹ «Ramón Sijé y Miguel Hernández, tándem de amistad y poesía», *La Estafeta Literaria*, Madrid, nº 366, 25 marzo 1967, p. 12-14.

¹⁰ Málaga, El Guadalhorce, 1969.

¹¹ Citado por José Luis Ferris en su biografía ya mencionada, p. 81-82.

¹² Según la fórmula del propio Ferris, p. 67.

aquí, por no ser nuestro propósito, en rastrear las huellas de esta epiclesis remozada, pero si un aspecto de la reinterpretación hernandiana del misterio eucarístico merece ser destacado aquí es la institución del yo poético como ser agónico, mortalmente vulnerado por la muerte del amigo querido, en los versos “daré tu *corazón* por alimento. / Tanto *dolor* se agrupa en *mi costado*”, donde se superponen en una sola figuración poética la imagen del Sagrado Corazón –expresión devota del culto al corazón físico y (valga la redundancia) misericorde de Jesús de Nazareth– y la de la herida en el costado –recuerdo y estigma de la pasión de Cristo atravesado por la lanza–.

El mismo proceso remotivador que, en el quicio entre lo real lingüístico y lo real referencial, nos ha llevado primero a interpretar literalmente la palabra *alma* refiriéndola al seudónimo *Sijé* y a entender después no menos literal y etimológicamente la palabra *compañero* contextualizándola en relación al grupo de la tahona, nos incita, ya para concluir, a franquear los límites de la interpretación textual y a sugerir esta vez una posible interpretación del seudónimo a la luz de factores extratextuales. Pues despejado el misterio poético del apellido prestado del malogrado *Sijé*, queda por despejar el misterio biográfico de su nombre pila y este sería el tercer y último estadio del proceso de retromotivación que nos ha sugerido, fuera ya de su análisis, la lectura de la elegía. Si como explica Pierre Guiraud, con cuyas palabras abríamos estos apuntes, no es el fondo el que crea la forma sino, al contrario, la forma la que crea el fondo, no queda más remedio que postular un vínculo intrínseco entre el personaje inventado por Pepito Marín y el nombre que le dio: Ramón *Sijé*. Tal vez incurramos en craso delito de onomatomanía, pero el benefactor de Miguel Hernández que tantos y tan buenos (y malos) consejos le prodigara a él como a los de su entorno no podía aspirar a más perfecta adecuación con su papel de orientador y con su labor de mentor como otorgándose el nombre germánico de “Ramón”, que significa literalmente ‘el que aconseja’. Dado el reconocido ascendiente de que *Sijé* gozaba entre los suyos, no cabe imaginar hallazgo onomástico más feliz que el que propició la adopción del nombre de “Ramón *Sijé*”, seudónimo que leído al pie de la letra valdría tanto como decir ‘guía espiritual’. Recordando la corporeidad del que –hoy pasto de los gusanos– sólo quiso ser espíritu, el poema que Miguel Hernández dedica al bien llamado Ramón *Sijé* no hace sino proclamar la materialidad de su propio cuerpo escrito. Será tópico concluir estas líneas hablando del poder programático del nombre propio en el discurso literario –*nomen est omen*–; no lo será tanto hacerlo, como hemos hecho aquí, aduciendo una mentira poética como prueba de una verdad biográfica en que se dan la mano los designios de un hombre y los designios de un nombre.

Federico Bravo
Université Michel de Montaigne-Bordeaux 3